

Metafísica de la erección

Enrique Serna

De Diógenes Laercio a Nietzsche pasando por Kant y Schopenhauer, la autonomía del pene con respecto al sujeto ha sido un tema pertinaz y obsesivo. Autor de libros como Amores de segunda mano, Señorita México y El orgasmógrafo, Enrique Serna reflexiona acerca del bombardeo neurótico de la industria del deseo en nuestra era.

La autonomía del pene con respecto a la voluntad es un misterio que ha intrigado a los varones de todas las épocas, en particular a los filósofos interesados en las conflictivas relaciones del cuerpo con el intelecto. ¿Por qué el hombre no puede gobernar su órgano sexual como si fuera un brazo o una pierna? ¿Qué imán lo yergue a nuestro pesar y lo reblandece cuando quisiéramos tenerlo duro? ¿Por qué algunos hombres de carácter débil lo subordinan todo (dinero, profesión, familia) a los caprichos de su miembro y rinden vasallaje a mujeres o efebos que no soportan fuera de la cama? ¿Por qué tenemos erecciones espontáneas en situaciones inoportunas, por ejemplo, en la guardia de honor de un velorio, y en cambio padecemos bochornosas crisis de impotencia en brazos de la mujer amada? La psicología y la ciencia médica tienen buenas respuestas para estos enigmas, y de hecho, las drogas para propiciar y sostener la erección han avanzado tanto en las últimas épocas, que existe ya una figura emblemática de la picaresca erótica posmoderna: el garañón de laboratorio. Pero el viagra sólo puede potenciar el deseo, no despertarlo, de manera que a pesar de los avances científicos en este campo, el pene sigue siendo un rebelde crónico: sólo obedece a una fuerza superior (la cosa en sí de Kant, o la voluntad de

Schopenhauer) que puede o no coincidir con nuestros designios conscientes.

Que yo sepa, los padres de la Iglesia fueron los primeros en tratar de explicar la independencia del pene. Su autonomía les preocupaba porque reducía peligrosamente las facultades del libre albedrío: si la libido era una fuerza ajena y superior a la voluntad, ¿cómo culpar al hombre de sucumbir a ella? Enemigo acérrimo del apetito carnal, san Agustín sostuvo en *La ciudad de Dios* que, antes de morder la fruta prohibida, Adán gozaba un pleno control de sus erecciones:

En el paraíso el hombre seminaba y la mujer recibía el semen cuando y cuanto fuere necesario, siendo los órganos de la generación movidos por la voluntad, no excitados por la libido.

A semejanza de la gente que puede mover las orejas o llorar a su antojo, “el primer hombre podía tener sujetos los miembros inferiores, facultad que perdió por su desobediencia. El hombre fue abandonado a sí mismo porque abandonó a Dios” (Libro xv, capítulo 25). Según san Agustín, engendrar hijos sin la intervención del “torpe apetito” fue posible mientras Adán y Eva no



Miguel Ángel, *El pecado original y la expulsión del paraíso*, 1511

desafiaron el poder del creador. Esa manera de procrear estaba exenta de placer, aunque fisiológicamente haya sido idéntica al coito, pues los habitantes del paraíso eran “cuerpos espirituales” o “almas vivientes” y la carne sujeta a su voluntad estaba a salvo de alcanzar el orgasmo, que para san Agustín era un deplorable estado epiléptico inducido por el demonio. Si Adán podía sujetar su miembro, también podía levantarlo cuando quisiera con una orden mental, de manera que la belleza de Eva debe de haberlo dejado impasible. Se trataba pues, de un amor sin atracción magnética y sin pérdida de soberanía sobre la propia carne, que asignaba a Eva un papel subordinado y gris en el juego de la seducción. Tal vez por eso Eva instigó a Adán a morder la manzana y a descubrir un placer que lo hiciera olvidarse de sí mismo. Cuando le arrebató el control del miembro, no sólo buscaba alcanzar un equilibrio de poderes entre los sexos. Quería, tal vez, introducir en el amor un principio de incertidumbre, para convertir un acto volitivo y previsible en un eclipse de la conciencia lleno de cimas y precipicios.

San Agustín sólo consentía el placer de la carne a regañadientes, con el fin de perpetuar la especie. De hecho, toda su argumentación teológica intenta suprimirlo como fuerza vital. Como puso tanto empeño en satanizar el erotismo, no tomó en cuenta que la autonomía del pene puede ser también una causa de frustración para los pecadores reprimidos. Quien vislumbró esa posibilidad, y la padeció en carne propia fue Schopenhauer, el primer filósofo que formuló una explicación del mundo fundada en las apetencias del cuerpo. Según Schopenhauer, la súplica “no me dejes caer en la tentación, quiere decir: no me hagas ver quién soy”, porque es el cuerpo, no el pensamiento, la única herramienta confiable para conocerse a sí mismo. A su juicio, el alma es una entelequia falsa y absurda, porque el

principio rector del universo es la voluntad, una fuerza irrefrenable y ciega que nos empuja a desear y ansiar muchos más placeres, honores y riquezas de los que podemos obtener. En *El mundo como voluntad y representación* definió la felicidad en términos crudamente hormonales y terrenales:

Se es feliz cuando todavía queda algo que desear, a fin de que se mantenga el perpetuo tránsito del deseo a la satisfacción y de ésta al nuevo deseo, tránsito que se llama felicidad cuando su curso es rápido y dolor cuando es lento (Libro III, capítulo 29).

En las antípodas de san Agustín, Schopenhauer creía que la violencia del impulso sexual “nos enseña que en ese acto se encierra la más decidida afirmación de la voluntad de vivir”. Las religiones antiguas intuyeron ese principio cósmico, decía, razón por la cual los griegos adoraban el falo y los hindúes el *lingam*. Pero Schopenhauer no fue ni remotamente un erotómano. Por el contrario, creía que el camino a la virtud consiste en frenar y negar la voluntad, no en obedecerla. Tampoco creía en la felicidad como meta existencial, y tildaba de charlatanes a quienes ocultaban el sentido trágico de la vida. A su juicio, nuestra insaciable naturaleza está condenada al sufrimiento, porque jamás podrá obtener todo lo que desea, y en cambio tiene asegurada la enfermedad y la muerte. Sólo quien logra dominar los impulsos del cuerpo por medio del ascetismo o la disciplina intelectual puede oponerse con éxito al poder arrollador del instinto. Rüdiger Safransky, uno de los biógrafos más agudos de Schopenhauer, cree que la paradoja medular de su filosofía (conceder la mayor importancia al impulso sexual y al mismo tiempo, aborrecer la tiranía del cuerpo) fue el resultado de una temprana castración mental:

En la época en que lanzaba sus invectivas contra la sexualidad no había tenido nunca una vivencia amorosa en la que la personalidad quedase desintegrada y emprendiese el vuelo. Vivió muy concretamente la sexualidad como fracaso en sus relaciones con las mujeres. Quería contemplar su sexualidad como si no le perteneciera, como si se tratara de una trampa tendida para otros en la que no se deja atrapar. El violento deseo que lo atrae hacia la mujer pone en peligro su propia individualidad y no puede perdonarle la humillación que a través de ella sufre el autodomínio.¹

Para Schopenhauer, el amor fue una experiencia atormentada porque su poderoso intelecto logró obsaculizar la fuerza vital que más temía y reverenciaba, pero fingía despreciar desde una posición de superioridad altanera. El autodomínio es enemigo de la entrega amorosa. Quien nunca deja de pertenecerse a sí mismo difícilmente puede declinar la soberanía de su miembro en favor de la mujer que ama (la vidas de dos genios asexuales contemporáneos, Borges y Salvador Dalí, son ejemplos del mismo sabotaje psicológico narcisista). Sería aventurado afirmar que Schopenhauer padecía impotencia nerviosa, pero es indudable que en su caso, el castigo divino impuesto por Dios a nuestros primeros padres tuvo un efecto contrario al que temía san Agustín: no lo condenó a pecar contra su albedrío sino a desear amargamente un placer inalcanzable.

Nietzsche dio un vuelco de ciento ochenta grados a la filosofía del cuerpo de Schopenhauer, celebrando la euforia dionisiaca en vez de condenarla, y Freud se inspiró en su concepto de voluntad para definir el inconsciente. La escuela de pensamiento fundada por Schopenhauer y modificada por sus continuadores ha moldeado el ideal de vida íntima de la sociedad moderna, pues toda la gente laica y liberal de nuestros días quiere reconciliarse con el cuerpo y gozar a fondo la sexualidad. Tal vez por eso la medicina nos ha devuelto la ilusión de recuperar la felicidad edénica del “cuerpo espiritual”, y ha renacido la tentación de someter el pene a los dictados de la voluntad. Pero nuestra búsqueda de intensidades puede transformarse fácilmente en un imperativo existencial que saca al sexo de su terreno preferido, el juego, y lo introduce en el ámbito del deber. La nueva serpiente del paraíso es la neurosis, la vigilancia de sí mismo que amargó la vida a Schopenhauer y puede frustrar la satisfacción de cualquier don Juan. “Quien se angustia más —dijo el filósofo Bión— es el que pretende disfrutar de las mayores dichas”.² Cuan-

do el hombre estaba menos obsesionado con el sexo, cuando en el camino de su casa al trabajo no veía treinta anuncios espectaculares con modelos provocadoras, cuando el deseo afloraba con mayor espontaneidad, porque ningún publicista procuraba exacerbarlo, la impotencia debe de haber sido un fantasma menos invocado que en la actualidad, y por lo tanto menos temible. San Agustín sólo se preocupaba de sermonear a los pecadores empedernidos, pero nunca se imaginó que en el siglo XXI, al caer en desuso la noción de pecado, la ciencia médica tendría que entrar al rescate de la libido exhausta y sobreexcitada. Si por un momento la industria del deseo dejara de agobiarnos con tentaciones, quizás el pene pudiera volver a ser un sano juguete de las fuerzas malignas que siempre lo dominaron. ■



Giovanni di Paolo, *La expulsión del paraíso*, 1440-1450

¹ Rüdiger Safransky, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, pp. 194-195.

² Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos ilustres*, Alianza Editorial, Madrid, 2007, p. 218.